

importan á usted. Quien tiene tiempo para pagar, no debe nada.

»—Ciertamente.

»—Mis letras de cambio serán pagadas.

»—Es posible.

»—Y en este momento, la cuestión entre nosotros se reduce á saber si usted me prestará la suma que vengo á pedirle si le presento garantías suficientes.

»—Cabal.

»El ruido que hizo el carruaje al detenerse á la puerta resonó en la habitación.

»—Voy á buscar una cosa que acaso le satisfaga á usted—exclamó el joven.

»—¡Oh, hijo mío!—exclamó Gobseck levantándose y tendiéndome los brazos, una vez que el demandante hubo desaparecido—¡si es bueno el empeño, me salvas la vida! Hubiese muerto. Werbrust y Gigonnet han querido jugarme una mala pasada. Gracias á ti, voy á reírme esta noche á expensas tuyas.

»La alegría del anciano tenía algo de horrible. Este fué el único momento de expansión que tuvo conmigo. A pesar de la rapidez de aquella alegría, no se me olvidará nunca.

»—Hágame usted el favor de permanecer aquí—añadió. —Aunque estoy armado y seguro de mí mismo, como hombre que en otro tiempo ha cazado el tigre y ha luchado en un combés cuando era preciso vencer ó morir, desconfío de ese pícaro elegante.

»Y fué á sentarse en un sillón, delante de su mesa despacho. Su rostro volvió á ponerse descolorido y tranquilo.

»—¡Oh! ¡oh!—repuso volviéndose hacia mí—va usted á ver, sin duda, la hermosa criatura de que le hablé en otro tiempo, pues oigo en el pasillo un paso aristocrático.

»En efecto, el joven volvió dando la mano á una mujer en la que reconocí á aquella condesa cuyo despertar me habla sido pintado en otro tiempo por Gobseck, á una de las hijas del buen Goriot. Al principio, la condesa no me vió, pues yo estaba en el alféizar de la ventana, de cara á los cristales. Al entrar en la habitación húmeda y sombría del usurero, dirigió una mirada de desconfianza á Máximo. Estaba tan hermosa, que, á pesar de sus faltas, la compadecí. Alguna terrible angustia agitaba su corazón, y los rasgos nobles y altivos de su cara tenían una expresión convulsiva,

mal disimulada. Aquel joven era ya para ella su mal genio. Admiraba á Gobseck, que, cuatro años antes, habla leído el destino de aquellos dos seres, en una letra de cambio.

»—Probablemente—me dije,—ese monstruo con cara de ángel la gobierna echando mano de todos los resortes posibles: la vanidad, los celos, el placer, los atractivos del gran mundo.»

—Pero—exclamó la condesa—las mismas virtudes de esa mujer han sido para él armas; la hacía verter lágrimas de abnegación, ha sabido exaltar en ella la generosidad natural á nuestro sexo y ha abusado de su ternura para venderle muy caros criminales placeres.

—Se lo confieso á usted—dijo Derville, que no comprendió los signos que le hizo la señora de Grandlieu;—no lloraré por la suerte de esa desgraciada criatura, tan brillante á los ojos del mundo y tan espantosa para los que leían en su corazón; no, me estremecía de horror al contemplar á su asesino, á aquel joven de frente tan pura, de boca tan fresca, de sonrisa tan graciosa, de dientes tan blancos, y que parecía un ángel. Ambos estaban en aquel momento delante de su juez, que los examinaba como un viejo dominico del siglo xvi cuando contemplaba las torturas de dos moros, en el fondo de los subterráneos del santo oficio.

»—Señor, ¿existe algún medio de obtener el precio de estos diamantes que le presento, pero reservándome el derecho de volver á comprarlos?

»—Sí, señora—respondí interviniendo.

»Me miró, me reconoció, dejó escapar un estremecimiento, y me lanzó una mirada que significa en todo país: ¡Cállese usted!

»—Eso—dije continuando—constituye un acto que nosotros llamamos retroventa, convención que consiste en ceder y transportar una propiedad mueble ó inmueble por tiempo determinado, al expirar el cual se puede entrar en poder del objeto en litigio, mediante una suma fija.

»La condesa respiró más fácilmente. El conde Máximo frunció las cejas, pues veía que el usurero daría entonces una suma mucho menor por los diamantes, valor sujeto á bajas. Gobseck, inmóvil, había cogido su lente y examinaba silenciosamente el cofrecito. Aunque viva cien años, no olvidaré el cuadro que nos ofreció su rostro. Sus pálidas mejillas se habían coloreado; sus ojos, en donde el centelleo

de las piedras parecía reflejarse, brillaban con fuego sobrenatural. Se levantó, se fué á la luz y tuvo los diamantes cerca de su desdentada boca, como si quisiese devorarlos. Mascullaba palabras vagas, levantando uno por uno los brazaletes, las girándulas, los collares, las diademas, que exponía á la luz para juzgar sus aguas, su blancura, su tamaño; los sacaba del cofrecillo, volvía á meterlos, los cogía otra vez, les hacía jugar pidiéndoles todos sus fuegos, más niño que anciano, ó, mejor dicho, anciano y niño á la vez.

»—¡Hermosos diamantes! Esto hubiese valido trescientos mil francos antes de la Revolución. ¡Qué aguas! ¡He aquí verdaderos diamantes de Asia, venidos de Golconda ó de Visapour! ¿Saben ustedes su precio? No, no, Gobseck es el único en París que sabe apreciarlos. Bajo el Imperio, hubiesen sido aún necesarios más de doscientos mil francos para hacer un aderezo semejante.

»Y haciendo un gesto de disgusto, añadió:

»—Ahora, el diamante pierde valor todos los días; el Brasil nos colma de ellos desde la paz, y lanza á las plazas diamantes menos blancos que los de la India. Las mujeres no los llevan ya más que en la corte. ¿Va la señora á ella?

»Al mismo tiempo que lanzaba estas terribles palabras, examinaba las piedras, unas tras otras, con una alegría indecible.

»—Sin tacha—decía.—Aquí hay una mancha... una paja... ¡Hermoso diamante!

»Su pálido semblante estaba tan bien iluminado por los fuegos de aquellas piedras preciosas, que yo lo comparaba á esos viejos espejos verduscos que se encuentran en las posadas de provincia, que aceptan los reflejos luminosos sin repetirlos y que dan la apariencia de un hombre apoplético al viajero bastante atrevido para mirarse en ellos.

»—¿Y bien?—dijo el conde dando un golpecito en el hombro á Gobseck.

»El viejo niño estremeciéndose. Dejó las alhajas, las puso sobre la mesa despacho, se sentó y volvió á ser el usurero duro, frío y cortés como una columna de mármol.

»—¿Cuánto necesita usted?

»—Cien mil francos á pagar en el término de tres años.

»—Es posible—dijo sacando de una caja de ébano unas balanzas, inestimables por su precisión.

»¡El cofrecito era ya suyo! Pesó las piedras, valuando á

ojo (¡y Dios sabe cómo!) el peso de las monturas. Durante esta operación, la cara del prestamista luchaba entre la alegría y la severidad. La condesa estaba sumida en un estupor, que yo examinaba, y me pareció que medía la profundidad del precipicio en que caía. Había aún remordimientos en aquella alma de mujer; acaso no era necesario más que un esfuerzo, una mano caritativamente tendida para salvarla, y lo ensayé.

»—¿Son de usted esos diamantes, señora?—le pregunté con voz clara.

»—Sí, señor—me respondió lanzándome una mirada orgullosa.

»—¡Haga usted la retroventa, hablador!—me dijo Gobseck levantándose y señalándome su sitio en la mesa.

»—¿Es acaso casada la señora?—pregunté aún.

»La condesa inclinó vivamente la cabeza.

»—Y ¿por qué lo pregunta usted?—dijo Gobseck.

»—¿Por qué?—repuse arrastrando al anciano hasta el antepecho de la ventana para hablarle en voz baja.—Si esa mujer casada está bajo el poder del marido, la retroventa será nula, y usted no podrá oponer su ignorancia de un hecho comprobado por el acta misma. Estaría usted, pues, obligado á devolver los diamantes que van á serle entregados, y cuyo peso, valor y tamaño serán descritos.

»Gobseck me interrumpió con un signo de cabeza, y se volvió hacia los dos culpables.

»—Tiene razón—dijo.—Todo ha cambiado ya. Ochenta mil francos contantes, y me dejará usted los diamantes—añadió con voz sorda y meliflua.—Tratándose de muebles, la posesión es título.

»—Pero...—replicó el joven.

»—Tomarlo ó dejarlo—repuso Gobseck devolviendo el cofrecillo á la condesa,—corro demasiados riesgos.

»—Mejor haría usted en arrojarse á los pies de su marido—le dije al oído, inclinándome hacia ella.

»El usurero comprendió, sin duda, mis palabras por el movimiento de los labios, y me dirigió una mirada fría. El rostro del joven se puso lívido. La perplejidad de la condesa era palpable. El conde se aproximó á ella, y, aunque le habló muy quedo, entendí:

»—¡Adiós, querida Anastasia, sé dichosa! Respetto á mí, mañana no tendré más cuidados.

»—Señor—exclamó la joven dirigiéndose á Gobseck,—acepto sus ofertas.

»—¡Vamos!—respondió el anciano—es usted muy difícil de contentar, hermosa señora.

»Firmó una póliza de cincuenta mil francos contra el Banco, y la entregó á la condesa.

»—Ahora—dijo con una sonrisa que se parecía bastante á la de Voltaire—voy á completar la suma con treinta mil francos en letras de cambio, cuya buena calidad no me será negada. Es oro en barras. El señor acaba de decirme: «Mis letras serán pagadas»—añadió presentando unas letras de cambio firmadas por el conde, protestadas todas la víspera á instancias de aquel de sus cofrades que probablemente se las había vendido á precio muy bajo.

»El joven dió un rugido en medio del cual dominó la palabra: «Viejo granuja». El papá Gobseck no pestañeó, sacó de una caja de cartón un par de pistolas y dijo fríamente:

»—En calidad de insultado, tiraré el primero.

»—Máximo, debe usted sus excusas al señor—exclamó dulcemente la temblorosa condesa.

»—No he tenido la intención de ofenderle—dijo el joven balbuceando.

»—Ya lo sé—respondió tranquilamente Gobseck;—la única intención de usted era no pagar las letras de cambio.

»La condesa se levantó, saludó y desapareció, presa, sin duda, de un profundo horror. El señor de Trailles se vió obligado á seguirla; pero, antes de salir, dijo:

»—Si se les escapa á ustedes una indiscreción, señores, tendré su sangre ó ustedes tendrán la mía.

»—¡Amén!—le respondió Gobseck volviendo á poner las pistolas en la caja.—Para jugarse uno la sangre es preciso tenerla, pequeño, y tú no tienes más que lodo en las venas.

»Una vez que la puerta se hubo cerrado y que los dos coches partieron, Gobseck se levantó y se puso á bailar, repitiendo:

»—¡Tengo los diamantes! ¡tengo los diamantes! ¡los hermosos diamantes! ¡qué diamantes! y nada caros. ¡Ah! ¡ah! ¡Habéis creído coger al viejo papá Gobseck, Werbrust y Gigonnet? ¡Ego sum papa! ¡soy el maestro de todos vosotros! ¡He sido pagado íntegramente! ¡Qué cara de estúpidos van á poner esta noche cuando les cuente el negocio, entre dos partidas de dominó!

»Aquella alegría sombría, aquella ferocidad de salvaje, excitadas por la posesión de unos guijarros blancos, me hicieron estremecer. Estaba mudo y estupefacto.

»—¡Ah! ¡ah! ¿estás tú aquí, hijo mío?—me dijo.—Comeremos juntos. Nos divertiremos en tu casa, pues no tengo comida. Todos esos fondistas, con sus substancias, sus salsas y sus vinos, envenenarían al diablo.

»La expresión de mi rostro le devolvió súbitamente su fría impassibilidad.

»—Usted no concibe esto—me dijo, sentándose en el rincón de su fogón, donde puso su sartén de hierro blanco, llena de leche, sobre el escalfador.—¿Quiere usted almorzar conmigo?—repuso.—Acaso haya bastante para dos.

»—Gracias—le respondí,—no almuerzo más que al mediodía.

»En este momento resonaron en el pasillo pasos precipitados. El desconocido visitante se detuvo en el descansillo de la escalera y dió varios golpes con furia. El usurero fué á ver quién era por la gatera, y abrió á un hombre de unos treinta y cinco años, que, sin duda, le pareció inofensivo, á pesar de aquella cólera. El recién venido, sencillamente vestido, se parecía al difunto duque de Richelieu: era el conde que usted ha debido encontrar alguna vez, y que tenía, dispéñeme usted esta expresión, la apostura aristocrática de los hombres de Estado del arrabal de usted.

»—Señor—dijo dirigiéndose á Gobseck, tranquilizado ya,—¿no acaba de salir de aquí mi mujer?

»—Es posible.

»—Pues bien, señor, ¿no me comprende usted?

»—No tengo el honor de conocer á su señora esposa—respondió el usurero.—He recibido á mucha gente esta mañana: mujeres, hombres, señoritas que se parecen á jóvenes, y jóvenes que se parecen á señoritas. Me sería muy difícil el...

»—¡Basta de bromas, señor! Hablo de la señora que acaba de salir hace poco de su casa.

»—¿Cómo puedo saber si es la mujer de usted—preguntó el usurero,—si nunca he tenido el honor de verla?

»—Se equivoca usted, señor Gobseck—dijo el conde con profundo acento de ironía.—Nos hemos encontrado una mañana en la habitación de mi mujer. Venía usted á co-

brar una letra firmada por ella, una letra que no debía.

»—No era asunto mío el saber de qué manera había recibido el valor—replicó Gobseck lanzando una mirada maliciosa al conde.—La compré á uno de mis cofrades. Por otra parte, señor—dijo el capitalista sin conmovirse y sin tratar de justificarse, y poniendo café en su tazón de leche,—me permitirá usted que le haga observar que no me ha sido probado aún que tenga usted derecho á hacerme amonestaciones en mi casa: soy mayor de edad desde el año sesenta y uno del siglo pasado.

»—Señor, acaba usted de comprar á vil precio diamantes de familia que no pertenecen á mi mujer.

»—Sin creerme obligado á ponerle en el secreto de mis asuntos, le diré, señor conde, que, si sus diamantes han sido cogidos por la señora condesa, debía usted haber prevenido, por medio de una circular, á todos los joyeros, para que no los comprasen; ha podido venderlos sueltos.

»—Señor—exclamó el conde,—¿usted conocía á mi mujer!

»—Ciertamente.

»—Y ella está bajo el poder del marido.

»—Es posible.

»—No tiene el derecho de disponer de esos diamantes...

»—Cabal.

»—¿Pues bien, señor?

»—Pues bien, señor, conozco á su mujer; está bajo el poder del marido, lo reconozco, y bajo otros poderes; pero... yo... no... conozco... los diamantes de usted. Si la señora condesa firma letras de cambio, acaso comercie, compre diamantes, los reciba para venderlos, jeso se ve!

»—Adiós, caballero—exclamó el conde, pálido de cólera;—¡hay tribunales!

»—Cabal.

»—Este señor—añadió designándome,—ha sido testigo de la venta.

»—Es posible.

»El conde iba á salir. De pronto, viendo la importancia de este asunto, me interpose entre las partes beligerantes.

»—Señor conde—dije,—usted tiene razón, y el señor Gobseck no tiene culpa alguna. No podría usted perseguir al comprador sin encausar á su mujer de usted, y lo odioso

de este asunto no recaería sobre ella solamente. Soy procurador, y debo declararle, más aun por mí mismo que por mi carácter oficial, que los diamantes han sido comprados por el señor Gobseck en mi presencia; pero creo que haría usted mal en negar la legalidad de esta venta, cuyos objetos son, por otra parte, poco fáciles de conocer. En equidad, tendría usted razón; en justicia, sucumbiría usted. El señor Gobseck es demasiado honrado, para negar que esta venta ha sido efectuada en provecho suyo, sobre todo cuando mi conciencia y mi deber me obligan á confesarlo. Pero, aunque intentase usted un proceso, señor conde, el fallo sería dudoso. Le aconsejo, pues, que transija con el señor Gobseck, que puede apoyarse en su buena fe, pero al que tendrá usted siempre que dar al precio de la venta. Consienta usted en una retroventa de siete ú ocho meses, hasta un año, espacio de tiempo que le permitirá dar la suma prestada á la condesa, á menos que no prefiera usted rescatarlos hoy dando garantías para el pago.

»El usurero mojaba el pan en el tazón y comía con perfecta indiferencia; pero, al oír la palabra transacción, me miró como si hubiese querido decir: «¡Bribón! cómo se aprovecha de mis lecciones». Por mi parte, le respondí con una ojeada que comprendió á maravilla. El asunto era dudosísimo, innoble; se hacía urgente transigir. Gobseck no hubiese tenido el recurso de negar, pues yo hubiese dicho la verdad. El conde me lo agradeció con una bondadosa sonrisa. Después de un debate, en el cual, la destreza y la avidez de Gobseck hubiesen aplastado á toda la diplomacia de un congreso, preparé una acta por la cual el conde reconocía haber recibido del usurero una suma de ochenta y cinco mil francos, comprendidos los intereses, mediante la entrega de la cual, Gobseck se comprometía á devolver los diamantes al conde.

»—¡Que dilapidación!—exclamó el marido al firmar.—¿Cómo echar un puente sobre este abismo?

»—Señor—dijo gravemente Gobseck,—¿tiene usted muchos hijos?

»Esta pregunta hizo estremecer al conde como si, semejante á un médico sabio, el usurero hubiese puesto el dedo en la llaga. El marido no respondió.

»—Pues bien—repuso Gobseck comprendiendo el doloroso silencio del conde,—yo sé la historia de su corazón.

Esa mujer es un demonio á quien acaso ama usted aún; y no me extraña, pues á mi me ha conmovido. Acaso quiera usted salvar su fortuna, reservarla para uno ó dos de sus hijos. Pues bien, arrójese usted en el torbellino del mundo, juegue, pierda esa fortuna y venga á buscar á menudo á Gobseck. ¡El mundo dirá que soy un judío, un árabe, un usurero y un corsario y que le he arruinado! ¡Me burlo de todo eso! Si alguno me insulta, me lo quito de enmedio, pues nadie tira la pistola y la espada mejor que su servidor. ¡Ya lo saben! Después tenga usted un amigo, si puede encontrarlo, al cual hará usted una venta simulada de sus bienes. ¿No llaman ustedes á eso un fideicomiso?—me preguntó, volviéndose hacia mí.

»El conde pareció enteramente absorbido por sus pensamientos, y se fué diciéndonos:

»—Tendrá usted el dinero mañana, señor; tenga usted dispuestos los diamantes.

»—Ese me parece un estúpido como todo hombre honrado—me dijo fríamente Gobseck cuando el conde hubo salido.

»—Diga usted más bien como todo hombre apasionado.

»—El conde le debe á usted los gastos del acta—exclamó cuando me despedía de él.

»Algunos días después de esta escena, que me había iniciado en los terribles misterios de una mujer á la moda, vi entrar una mañana al conde en mi despacho.

»—Señor—me dijo,—vengo á consultarle sobre intereses graves, declarándole que tengo en usted plena confianza, y espero darle pruebas de ello. La conducta de usted con la señora de Grandlieu—dijo el conde—está por encima de todo elogio.»

—Vea usted, señora—dijo el procurador á la vizcondesa,—cómo he recibido ya mil veces el precio de una acción muy sencilla.

«Me incliné respetuosamente, y respondí que no había hecho más que llenar un deber de todo hombre honrado.

»—Pues bien, señor, he tomado muchos informes sobre el singular personaje al cual debe usted su posición—me dijo el conde.—Después de todo lo que sé, reconozco en Gobseck un filósofo de la escuela cínica. ¿Qué piensa usted de su probidad?

»—Señor conde—respondí,—Gobseck es mi bienhechor...

al quince por ciento—añadió riendo.—Pero su avaricia no me autoriza á pintarlo de un modo semejante en provecho de un desconocido.

»—¡Hable usted, señor! Su franqueza no puede aprovechar ni á Gobseck ni á usted. No espero encontrar un ángel en un prestamista sobre prendas.

»—El papá Gobseck—repuse—está íntimamente convencido de un principio que domina en su conducta. Según él, el dinero es una mercancía que se puede, sin ningún escrúpulo de conciencia, vender cara ó á buen precio, según los casos. Un capitalista es, á sus ojos, un hombre que entra, por el fuerte interés que reclama por su dinero, como asociado por anticipo en las empresas y en las especulaciones lucrativas. Aparte de sus principios financieros y de sus observaciones filosóficas, que le permiten obrar en apariencia como un usurero, estoy íntimamente persuadido de que, fuera de los negocios, es el hombre más delicado y el más probo de París. Existen dos hombres en él: es avaro y filósofo, pequeño y grande. Si yo muriese dejando hijos, él sería su tutor. Ese es, señor, el concepto que la experiencia me ha hecho formar de Gobseck. No conozco nada de su vida pasada. Puede haber sido corsario, acaso haya atravesado el mundo entero traficando con diamantes ó hombres, con mujeres ó secretos de Estado; pero, juro, que ninguna alma humana ha sido más fuertemente templada ni más sufrida que la suya. El día en que le llevé la suma que me empazaba con él, le pregunté, no sin algunas precauciones oratorias, qué sentimiento le había inclinado á hacerme pagar tan enormes intereses, y por qué razón, queriendo que le estuviese agradecido, yo, su amigo, no se permitió hacer una buena acción completa. «Hijo mío, te he dispensado el que me estés agradecido, dándote el derecho de creer que no me debías nada.» Así es que somos los mejores amigos del mundo. Esta respuesta, señor, le dará una idea de lo que es ese hombre, mejor que todas las palabras posibles.

»—Mi partido está irrevocablemente tomado—me dijo el conde.—Prepare usted las actas necesarias para trasladar á Gobseck la propiedad de mis bienes. No me fío más que en usted, señor, para la redacción de la contraescritura por medio de la cual declarará que esta venta es simulada, y se comprometerá á poner mi fortuna, administrada por él como él sabe administrar, en manos de mi hijo mayor, cuando sea

mayor de edad. Ahora, señor, es preciso que se lo diga á usted: temo guardar esa acta preciosa en mi casa. El cariño de mi hijo hacia su madre hace que no me atreva á confiarle esa contraescritura. ¿Me hará usted el favor de ser el depositario? En caso de muerte, Gobseck le instituiría á usted en legatario de mis bienes. De este modo, todo está previsto.

»El conde guardó silencio durante un momento y pareció agitadoísimo.

»—Le pido mil perdones, señor—me dijo después de una pausa;—sufro mucho, y mi salud me causa los más vivos temores. Disgustos recientes han turbado mi vida de una manera cruel, y las medidas que tomo son necesarias.

»—Señor—le dije,—permítame usted primero que le dé las gracias por la confianza que tiene en mí. Pero debo justificarla haciéndole observar que, con esas medidas, deshereda usted completamente á sus... otros hijos. Llevan el nombre de usted. Aunque no fuesen más que los hijos de una mujer amada en otro tiempo y ahora caída, tienen derecho á una cierta posición. Le declaro terminantemente que no acepto el cargo con que quiere usted honrarme, si su suerte no se asegura.

»Estas palabras hicieron estremecerse violentamente al conde. Algunas lágrimas asomaron á sus ojos, y me dió un apretón de manos al mismo tiempo que me decía:

»—Aun no le conocía á usted completamente. Acaba usted de causarme alegría y dolor á la vez. Fijaremos la parte de esos niños en las disposiciones de la contraescritura.

»Lo acompañé hasta la puerta de mi estudio, y me pareció ver sus facciones dilatadas por el sentimiento de satisfacción que le causaba aquel acto de justicia.»

—He aquí, Camila, cómo algunas jóvenes se precipitan en abismos. Basta alguna vez una contradanza, un aire cantado al piano ó una jira campestre, para decidir espantosas desgracias. ¡Se corre á la voz presuntuosa de la vanidad, del orgullo, bajo la fe de una sonrisa, ó por locura, por atolondramiento! La vergüenza, los remordimientos y la miseria son tres furias entre cuyas manos deben caer infaliblemente las mujeres tan pronto como franquean los límites...

—Mi pobre Camila se muere de sueño—dijo la vizcondesa interrumpiendo al procurador.—Vamos, hija mía, vé á dormir; tu corazón no necesita cuadros horribles para permanecer puro y virtuoso.

Camila de Grandlieu comprendió á su madre, y salió.

—Ha ido usted demasiado lejos, querido señor Derville—dijo la vizcondesa;—los procuradores no son ni madres ni predicadores.

—Pero los periódicos son mil veces peor...

—¡Pobre Derville!—dijo la condesa interrumpiendo al procurador—no le reconozco á usted. ¿Cree usted, pues, que mi hija lea los periódicos? Continúe usted—añadió después de una pausa.

—Tres meses después de la ratificación de las ventas consentidas por el conde en provecho de Gobseck...

—Puede usted decir el conde de Restaud, puesto que mi hija ya no está aquí—dijo la vizcondesa.

—¡Seal!—repuso el procurador.—Mucho tiempo después de esta escena, aun no había recibido la contraescritura que debía permanecer en mis manos. En París, los procuradores se dejan llevar por una corriente que no les permite poner en los asuntos de sus clientes más que el grado de interés que llevan ellos mismos, salvo excepciones que hacemos cuando queremos. Sin embargo, un día en que el usurero comía en mi casa, le pregunté, al levantarnos de la mesa, si sabía por qué no se había oído hablar más del señor de Restaud.

»—Hay excelentes razones para ello—me respondió.—El gentilhomme está muriéndose. Es una de esas almas tiernas que, no conociendo la manera de matar la pena, se dejan matar por ella. La vida es un trabajo, un oficio, que es necesario tomarse la molestia de aprender. Cuando un hombre ha probado la vida, á fuerza de haber experimentado dolores, su fibra se robustece y adquiere una cierta flexibilidad que le permite gobernar su sensibilidad; hace de sus nervios especies de resortes de acero que se doblan sin romperse; si el estómago está perfectamente, un hombre de este modo preparado debe vivir tanto tiempo como viven los cedros del Líbano (1), que son unos árboles famosos.

»—¿Está acaso moribundo?—dije.

»—Es posible—respondió Gobseck.—Tendrá usted con su herencia un asunto que ha de dar mucho juego.

»Miré á mi hombre, y le dije para sonarlo:

(1) Montaña de la Turquía Asiática, célebre por sus cedros.—(N. del T.)

»—¿Quiere usted explicarme por qué somos, el conde y yo, los únicos seres por quienes usted se ha interesado?

»—Porque ustedes son los únicos que se han fiado de mí sin ambages ni rodeos—me respondió.

»Aunque esta respuesta me hizo creer que Gobseck no abusaría de su posición, si la contraescritura se perdiese, resolví ir á ver al conde. Pretexté que tenía asuntos que arreglar, y salimos. Llegué en seguida á la calle de Helder y fui introducido en un salón donde la condesa jugaba con sus hijos. Al oírme anunciar, se levantó con movimiento brusco, vino á mi encuentro y se sentó, sin decir palabra, indicándome con la mano una poltrona vacante cerca del fuego. Veló su rostro con esa máscara impenetrable bajo la que las mujeres del gran mundo saben ocultar tan bien sus pasiones. Los disgustos habían marchitado ya aquel rostro. Las maravillosas líneas que en otro tiempo constituían su mérito, quedaban solas para testificar su belleza.

»—Es de absoluta necesidad, señora, que hable al señor conde...

»—Sería usted entonces más favorecido que yo misma—repuso interrumpiéndome.—El señor de Restaud no quiere ver á nadie, apenas consiente que le vea su médico, y rechaza todos los cuidados, hasta los míos. ¡Tienen caprichos tan raros los enfermos!... son como los niños, no saben lo que quieren.

»—Puede que, como los niños, sepan perfectamente lo que quieren.

»La condesa se puso colorada. Casi me arrepentí de haber hecho esta réplica, digna de Gobseck.

»—Pero—repuse para cambiar de conversación—es imposible, señora, que el señor de Restaud viva perpetuamente solo.

»—Tiene á su hijo mayor á su lado—dijo.

»Tuve á bien mirar á la condesa, que esta vez no enrojeció, y me pareció que se había propuesto firmemente no dejarme penetrar sus secretos.

»—Ya comprenderá usted, señora, que mi paso no es nada indiscreto—repuse.—Está fundado en poderosos intereses...

»Me mordí los labios, comprendiendo que me encaminaba por una falsa ruta. Así es que la condesa aprovechó al instante mi atolondramiento para decirme:

»—Los intereses de mi marido son los míos, señor. Nada se opone á que se dirija usted á mí...

»—El asunto que aquí me trae no concierne más que al señor conde—respondí con firmeza.

»—Haré que le den cuenta del desecho que ha tenido usted de verle.

»El tono cortés, el aire que tomó para pronunciar esta frase no me engañaron, adiviné que no me dejaría nunca llegar hasta su marido. Hablé durante un momento de cosas indiferentes, á fin de poder observar á la condesa; pero, como todas las mujeres que se han formado ya su plan, sabía disimular con esa rara perfección que, en las personas del sexo de usted, es el último grado de la perfidia. Me atrevo á decirlo, la creía capaz de todo, hasta de un crimen. Este sentimiento provenía de una vista del porvenir, que se reflejaba en sus gestos, en sus miradas, en sus maneras y hasta en las entonaciones de su voz. Me marché...»

—Ahora—dijo Derville á la vizcondesa,—voy á contarle las escenas que terminan esta aventura, junto con las circunstancias que el tiempo me ha revelado, y los detalles que la perspicacia de Gobseck ó la mía me han hecho adivinar. Desde el momento en que el conde de Restaud pareció sumergirse en un torbellino de placeres y quiso disipar su fortuna, pasaron entre los dos esposos escenas cuyo secreto ha permanecido impenetrable y que permitieron al conde juzgar aun más desfavorablemente á su mujer de lo que lo había hecho hasta entonces. Tan pronto como cayó enfermo y se vió obligado á guardar cama, se manifestó su aversión por la condesa y por sus dos últimos hijos; les prohibió la entrada en su habitación, y cuando trataron de eludir esta consigna, su desobediencia acarreó crisis tan peligrosas para el señor de Restaud, que el médico conjuró á la condesa á que no quebrantase las órdenes de su marido. Habiendo visto la señora de Restaud pasar, sucesivamente, las tierras, las propiedades de familia, y hasta el palacio en que ella vivía, á las manos de Gobseck, que parecía desempeñar, respecto á su fortuna, el papel de personaje fantástico de un ogro, comprendió, sin duda, los planes de su marido. El señor de Trailles, demasiado vivamente perseguido por sus acreedores, viajaba á la sazón por Inglaterra. Él era el único que podía dar cuenta á la condesa de las precauciones secretas que Gobseck había sugerido al señor de Restaud contra ella. Se

dice que la condesa se resistió mucho tiempo á dar su firma, indispensable, según nuestras leyes, para dar validez á la venta de los bienes, y, no obstante, el conde la obtuvo. La condesa creía que su marido capitalizaba su fortuna, y que el pequeño fajo de billetes que la representaba estaría en un escondrijo, en casa de un notario, ó acaso en el Banco. Siguiendo sus cálculos, el señor de Restaud debía poseer necesariamente alguna acta para dar á su hijo mayor la facilidad de encontrar los bienes que él guardaba. Tomó, pues, el partido de establecer en torno de la habitación de su marido la vigilancia más completa. Reinó despóticamente en su casa, que fué sometida á su espionaje de mujer. Permanecía todo el día sentada en el salón contiguo á la habitación de su marido, desde donde podía oír sus menores palabras y sus más ligeros movimientos. Por la noche, hacía poner una cama en aquella pieza, y la mayor parte del tiempo no dormía. El médico estuvo en todos sus planes. Esta abnegación pareció admirable. Sabía, con esa astucia propia de las personas pérfidas, disfrazar la repugnancia que manifestaba por ella el señor Restaud, y fingía tan bien el dolor, que obtuvo cierta celebridad. Algunas gazmoñerías hicieron creer también que redimía así sus faltas. Pero tenía siempre delante de sus ojos la miseria que le esperaba á la muerte del conde, si le faltaba presencia de ánimo. Así es que esta mujer, rechazada del lecho del dolor en que gemía su marido, había trazado un círculo mágico alrededor de él. Lejos y cerca de él, desgraciada y poderosa, esposa cariñosa en apariencia, acechaba la muerte y la fortuna, como ese insecto de los campos que, en el fondo del precipicio de arena que ha sabido redondear en espiral, espera su inevitable presa escuchando cada grano de polvo que cae. El censor más severo no podía menos de reconocer que la condesa llevaba demasiado lejos el sentimiento de la maternidad. La muerte de su padre fué, según dicen, una lección para ella. Idolatrada por sus hijos, les ocultó el cuadro de sus desórdenes; su edad le permitió esperar su término y hacerse amar por ellos, y les ha dado la mejor y la más brillante educación. Confieso que no puedo menos de experimentar por esa mujer un sentimiento de admiración y de compasión, por lo que se burla aún Gobseck de mí. Por aquella época, la condesa, que reconocía la bajeza de Máximo, expiaba con lágrimas de sangre las faltas de su vida pasada. Yo lo creo. Por odiosas que fuesen las

medidas que tomaba para reconquistar la fortuna de su marido, ¿no le eran dictadas por su amor maternal y por el deseo de reparar sus faltas respecto á sus hijos? Después, como muchas mujeres que han sufrido las tormentas de una pasión, acaso sentía la necesidad de volver á ser virtuosa. Acaso no conoció el precio de la virtud, hasta el momento en que recogió la cosecha sembrada por sus errores. Cada vez que el joven Ernesto salía del cuarto de su padre, sufría un interrogatorio inquisitorial sobre todo lo que el conde había dicho y hecho. El niño se prestaba complacientemente á los deseos de su madre, que él atribuía á un sentimiento tierno, y se anticipaba á todas las preguntas. Mi visita fué un rayo de luz para la condesa, que quiso ver en mí el ministro de las venganzas del conde, y resolvió no dejarme aproximar al moribundo. Movido por un sentimiento siniestro, deseaba vivamente procurarme una entrevista con el conde de Restaud, pues estaba inquieto por el destino de las contraescrituras; si caían en poder de la condesa, podía hacerlas valer, y se levantarían procesos interminables entre ella y Gobseck. Conocía lo bastante al usurero para saber que no restituiría nunca los bienes de la condesa, y había numerosos elementos para armar pleitos en la compaginación de aquellos títulos, cuya acción no podía ser ejercida más que por mí. Quise prevenir tantas desgracias, y fui por segunda vez á casa de la condesa. He notado, señora—continuó Derville, tomando un tono confidencial,— que existen ciertos fenómenos morales á los que no prestamos bastante atención en el mundo. Observador por naturaleza, he llevado, en los asuntos de interés que manejo, y donde las pasiones se ponen vivamente en juego, un espíritu de análisis involuntario. Así es que he admirado siempre con nueva sorpresa que las intenciones secretas y las ideas que llevan dos adversarios, son casi siempre adivinadas recíprocamente. Se encuentra á veces entre dos enemigos la misma lucidez de razón, el mismo poder de vista intelectual que entre dos amantes que leen en sus corazones. Así es que, cuando estuvimos frente á frente, la condesa y yo, comprendí de pronto la causa de la antipatía que sentía por mí, aunque disfrazaba sus sentimientos bajo las formas más graciosas de la cortesía y de la amenidad. Yo era un confidente obligado, y es imposible que una mujer deje de odiar á un hombre delante del cual se ve obligada á enrojecer.

Respecto á ella, adivinó que si yo era efectivamente el hombre en quien su marido depositaba su confianza, éste no me había entregado aún su fortuna. Nuestra conversación, con cuyo relato no quiero molestarle, ha permanecido en mi memoria como una de las luchas más peligrosas que he tenido en mi vida. La condesa, dotada por la naturaleza de las cualidades necesarias para ejercer irresistibles seducciones, se mostró de pronto suave, altiva, cariñosa, confiada; llegó hasta tentar mi curiosidad, despertar el amor en mi corazón á fin de dominarme: se estrelló. Cuando me despedí de ella sorprendí en sus ojos una expresión de odio y de furor que me hizo temblar. Nos separamos siendo enemigos. Ella hubiese querido aniquilarme, y yo me sentía inclinado á compadecerla, sentimiento que, para ciertos caracteres, equivale á la injuria más cruel. Este sentimiento rompió las últimas consideraciones que me tenía. Creo que le dejé un profundo terror en el alma cuando le declaré que, hiciese lo que hiciese, estaba irremisiblemente arruinada.

«—Si viese al conde, al menos por el interés de sus hijos...

»—Me entregaría á usted atada de pies y manos—dijo ella, interrumpiéndome, con un gesto de desagrado.

»—Una vez planteada la cuestión entre nosotros de una manera tan franca, resolví salvar á aquella familia de la miseria que le esperaba. Resuelto á cometer ilegalidades judiciales si eran necesarias para conseguir mi objeto, he aquí cuáles fueron mis preparativos. Hice perseguir al señor conde de Restaud, por una suma, debida ficticiamente á Göbseck, y lo condenaron. La condesa encubrió necesariamente este procedimiento, pero yo adquiría el derecho de sellar la casa, á la muerte del conde. Soborné entonces á uno de los criados de la casa, y obtuve la promesa de que en el momento mismo en que su amo estuviese á punto de expirar, vendría á prevenirme, aunque fuese á media noche, á fin de poder intervenir de repente, asustar á la condesa con sellarle la casa inmediatamente, y salvar así la contraescritura. Más tarde supe que aquella mujer estudiaba el Código oyendo los gemidos de su marido moribundo. ¿Qué horribles cuadros no ofrecerían las almas de los que cercan los lechos fúnebres, si pudiesen pintarse en ellas las ideas? ¡Y siempre es la fortuna el móvil de las intrigas que se ela-

boran, de los planes que se forman y de las tramas que se urden! Dejemos ahora á un lado estos detalles, fastidiosos de por sí, pero que le han permitido á usted adivinar los dolores de esa mujer y los de su marido, y que le descubrirán los secretos de algunos hogares semejantes á aquel. Desde hacía dos meses, el conde de Restaud, resignado con su suerte, permanecía acostado, solo, en su habitación. Una enfermedad mortal había debilitado lentamente su cuerpo y su espíritu. Presa de esos caprichos de enfermo cuya rareza parece inexplicable, se oponía á que limpiasen su habitación, rehusaba todo género de cuidados, y hasta que le hiciesen la cama. Esta extrema apatía se había comunicado á todo en torno de él: los muebles de su habitación permanecían en desorden; el polvo y las telarañas se habían apoderado de los objetos más delicados. Rico y refinado en sus gustos antes, se complacía á la sazón con el triste espectáculo que le ofrecía aquella pieza donde la chimenea, el escritorio y las sillas estaban llenos de los objetos que necesita una enfermedad: frascos vacíos ó llenos, casi todos sucios; paños esparcidos, platos rotos, un calentador abierto ante el fuego, una bañera llena aún de agua mineral. El sentimiento de la destrucción estaba impreso en cada detalle de aquel caos horrible. La muerte aparecía en las cosas antes de invadir á la persona. El conde sentía horror por la luz; las persianas de las ventanas estaban echadas y la obscuridad hacía aún más sombría la fisonomía de aquel triste lugar. El enfermo había enflaquecido considerablemente. Sus ojos, en los que parecía haberse refugiado la vida, habían permanecido brillantes. La lívida blancura de su rostro tenía algo de horrible, que realizaba aún la largura de sus cabellos, que no había querido dejarse cortar nunca, y que caían en largos mechones lisos á lo largo de sus mejillas. Se parecía á los fanáticos habitantes del desierto. La pena extinguía todos los sentimientos humanos en aquel hombre, que apenas tenía cincuenta años, y que todo París había conocido tan brillante y tan feliz. Una mañana, al principio del mes de diciembre del año 1824, miró á su hijo Ernesto, que estaba sentado al pie de la cama y que lo contemplaba dolorosamente.

»—¿Sufré usted?—le preguntó el joven vizconde.

»—¡No!—dijo con una horrible sonrisa—¡todo es aquí y alrededor del corazón!

»Y después de haber señalado su cabeza, apretó sus descarnados dedos contra su escuálido pecho, con un gesto que hizo llorar á Ernesto.

»—¿Por qué no viene el señor Derville?—le preguntó á su ayuda de cámara, que creía que le era muy adicto, pero que estaba entendido con la condesa.—¡Cómo! ¡Mauricio—exclamó el moribundo, que se incorporó en la cama y pareció recobrar toda su presencia de espíritu,—esta es la séptima ó la octava vez, desde hace quince días, que le envío á usted á casa de mi procurador á buscarle, y aun no ha venido! ¿Cree usted que se puede jugar conmigo? Vaya usted á buscarlo ahora mismo, al instante, y tráigamelo. Si no ejecuta usted mis órdenes, me levantaré é iré yo mismo...

»—Señora—dijo el ayuda de cámara á la condesa, una vez que hubo salido,—ya ha oído usted al señor conde; ¿qué debo hacer?

»—Finja usted que va á casa del procurador, y vuelva usted para decir al señor conde que su hombre de negocios ha ido á cuarenta leguas de aquí para un proceso importante. Añadirá usted que se le espera al final de esta semana. Los enfermos se engañan siempre sobre su suerte—pensó la condesa,—y esperará la vuelta de ese hombre.

»El médico había declarado, la víspera, que era difícil que el conde pasase de aquel día. Cuando, dos horas después, el ayuda de cámara vino á dar al conde aquella respuesta desesperante, el moribundo pareció agitadoísimo.

»—¡Dios mío! ¡Dios mío!—repitió varias veces—no tengo esperanza más que en vos.

»Miró á su hijo durante largo rato, y le dijo al fin con voz débil:

»—Ernesto, hijo mío, eres muy joven; pero tienes buen corazón y comprendes, sin duda, la santidad de una promesa hecha á un moribundo, á un padre... ¿Te sientes capaz de guardar un secreto, de sepultarlo en ti mismo de manera que ni tu madre misma lo sepa? Hoy, hijo mío, tú eres el único en esta casa de quien puedo fiarme. ¿No traicionarás mi confianza?

»—No, padre mío.

»—Pues bien, Ernesto; te daré, dentro de algunos instantes, un paquetito sellado que pertenece al señor Derville, lo conservarás de manera que nadie sepa que lo posees, te es-

cabullirás del palacio y lo tirarás al buzón que hay al final de la calle.

»—Está bien, padre mío.

»—¿Puedo contar contigo?

»—Sí, padre mío.

»—Abrazame. Si así lo haces, hijo querido, me harás la muerte menos amarga. Dentro de seis ó siete años comprenderás la importancia de este secreto, y entonces serás bien recompensado de tu destreza y de tu fidelidad; entonces sabrás cuánto te amo. Déjame solo un momento y no dejes entrar á nadie, sea quienquiera.

»Ernesto salió y vió á su madre de pie en el salón.

»—Ernesto—le dijo,—ven aquí.

»Se sentó poniendo á su hijo entre sus rodillas, y, apretándolo fuertemente contra su corazón, le abrazó.

»—Ernesto, tu padre acaba de hablarte.

»—Sí, mamá.

»—¿Qué te ha dicho?

»—No puedo decirlo, mamá.

»—¡Oh! hijo mío—dijo la madre abrazándolo con entusiasmo,—¡cuánto placer me causa tu discreción! No mentir nunca y permanecer fiel á la palabra dada, son dos principios que es preciso no olvidar jamás.

»—¡Oh! ¡qué buena eres, mamá! ¡Tú no has mentido nunca! estoy segurísimo.

»—He mentado algunas veces, hijo mío. Sí, he faltado á mi palabra en circunstancias ante las que ceden todas las leyes. Escucha, Ernesto mío, ya eres bastante grande y bastante razonable para apercibirte de que tu padre me rechaza y no quiere mis cuidados, y eso no es natural, pues ya sabes cuánto le amo.

»—Sí, mamá.

»—Hijo mío—dijo la condesa llorando,—esa desgracia es el resultado de pérfidas insinuaciones. Gentes malvadas han tratado de separarme de tu padre, con el objeto de satisfacer su avidez. Quieren privarnos de nuestra fortuna y apropiársela. Si tu padre fuese razonable, la desunión que existe entre nosotros dos cesaría al instante, me escucharía, y, como es bueno y amante, reconocería su error; pero su razón está alterada, y las prevenciones que tenía contra mí se han convertido en una idea fija, una especie de locura, efecto de su enfermedad. La predilección que tu padre tiene

por ti es una nueva prueba del desarreglo de sus facultades. Tú no te has apercebido nunca, antes de su enfermedad, de qué amase menos que á ti á Paulina y á Jorge. El cariño que te tiene podría sugerirle la idea de darte órdenes que ejecutar. Si no quieres arruinar á tu familia, ángel querido, y ver á tu madre un día mendigando su pan como una pobre, es preciso decirselo todo...

»—¡Ah! ¡ah!—exclamó el conde, que, habiendo abierto la puerta, se mostró de repente casi desnudo y tan seco y descarnado como un esqueleto.

»Este grito sordo produjo un efecto terrible en la condesa, que permaneció inmóvil y llena de estupor. Su marido estaba tan débil y tan pálido, que parecía salir de la tumba.

»—¡Ha abreviado usted mi vida á disgustos, y quiere usted turbar mi muerte, pervertir la razón de mi hijo y hacer de él un hombre vicioso!—exclamó con voz ronca.

»La condesa fué á arrojarle á los pies de aquel moribundo, al que las últimas emociones de la vida hacían casi horroroso, y vertió un torrente de lágrimas.

»—¡Perdón! ¡perdón!—exclamó.

»—¿Ha tenido usted lástima de mí?—preguntó el conde.

—La he dejado á usted devorar su fortuna, ¿y quiere usted ahora devorar la mía y arruinar á mi hijo?

»—¡Pues bien, sí, no haya piedad para mí, sea usted inflexible!—dijo la condesa—pero ¿y los niños? Condene usted á su viuda á vivir en un convento y obedeceré; haré, para expiar mis faltas, respecto á usted, todo lo que quiera ordenarme, ¡pero que los niños sean felices! ¡Ah! ¡los niños! ¡los niños!

»—Yo no tengo más que un hijo—respondió el conde tendiendo, con un gesto desesperado, su descarnado brazo hacia su hijo.

»—¡Perdón! ¡me arrepiento! ¡me arrepiento!... exclamaba la condesa abrazando los pies de su marido.

»Los sollozos le impedían hablar, y palabras vagas, incoherentes, salían de su seca garganta.

»—Después de lo que acaba de decir á Ernesto, ¿se atreve usted á hablar de arrepentimiento!—dijo el moribundo, que derribó á la condesa dándole con el pie.—¡Me hiela usted!—añadió con una indiferencia que tuvo algo de horrible.—Ha sido usted mala hija, mala esposa y será usted mala madre...

»La desgraciada mujer se desmayó. El moribundo llegó á la cama, se acostó, y perdió el conocimiento algunas horas después. Los sacerdotes fueron á administrarle los últimos sacramentos. Eran las doce de la noche cuando expiró. La escena de la mañana había agotado el resto de sus fuerzas. Yo llegué á las doce de la noche con el papá Gobseck. A favor del desorden que reinaba, nos introducimos hasta el pequeño salón contiguo al cuarto mortuario, en donde encontramos á los tres hijos llorando, entre dos sacerdotes que tenían que pasar la noche al lado del cuerpo. Ernesto vino hacia á mí y me dijo que su madre quería estar sola en la habitación del conde.

»—No entren ustedes—dijo con una expresión admirable en el acento y en el gesto,— ¡está rezando!

»Gobseck se echó á reír, con aquella risa que le caracterizaba. Yo estaba demasiado emocionado por el sentimiento que resplandecía en el joven rostro de Ernesto, para participar de la ironía del anciano. Cuando el niño vió que nos encaminábamos hacia la puerta, se adelantó á nosotros gritando:

»—¡Mamá, aquí hay unos señores negros que te buscan!

»Gobseck levantó al niño como si hubiese sido una pluma, y abrió la puerta. ¡Qué espectáculo se ofreció á nuestras miradas! Un espantoso desorden reinaba en aquella habitación. Desmelenada por la desesperación y con los ojos centelleantes, la condesa permaneció de pie, sorprendida, en medio de vestidos, de papeles y de trapos aquí y allá. Confusión horrible en presencia de aquel muerto. Apenas hubo expirado el conde, cuando la condesa forzó todos los cajones y el escritorio: alrededor de ella, la alfombra estaba cubierta de despojos; algunos muebles y varias carteras habían sido rotos; todo llevaba el sello de sus atrevidas manos. Si al principio, sus pesquisas habían sido vanas, su actitud y su agitación me hicieron suponer que había acabado por descubrir los misteriosos papeles. Eché una ojeada á la cama, y, con el instinto que nos da la costumbre de los negocios, adiviné todo lo que había pasado. El cadáver del conde se encontraba entre la cama y la pared, con la cara vuelta hacia los colchones, desdeñosamente tirado como una de las envolturas de papel que había por el suelo, pues él también no era más que una envoltura. Sus miembros rígidos é inflexibles le comunicaban un no sé qué

horriblemente grotesco. El muerto había escondido, sin duda, la contraescritura debajo de la almohada, como para preservarla de todo ataque hasta su muerte.

»La condesa debía haber adivinado el pensamiento de su marido, que, por otra parte, parecía estar escrito en su último gesto, en la convulsión de sus dedos encorvados. La almohada había sido tirada debajo de la cama, y el pie de la condesa estaba aún impreso en ella; á sus pies, delante de ella, vi un papel sellado en varios sitios con las armas del conde, lo recogí vivamente y leí en él una dirección que indicaba que el contenido debía serme entregado. Miré fijamente á la condesa con la severa perspicacia de un juez que interroga á un culpable. La llama del fuego devoraba los papeles. Al oírnos llegar, la condesa los había arrojado al fuego, al leer las primeras disposiciones que yo había tomado á favor de sus hijos, creyendo destruir así un testamento que les privaba de su fortuna. Una conciencia atormentada y el espanto involuntario que inspira un crimen á aquellos que lo han cometido, le habían quitado el uso de la reflexión. Al verse sorprendida, veía acaso el cadalso y sentía ya el hierro frío del verdugo.

»Aquella mujer esperaba nuestras primeras palabras, jadeante, y nos miraba con ojos extraviados.

»—¡Ah! señora—le dije, retirando de la chimenea un fragmento que el fuego no había destruído,—¡ha arruinado usted á sus hijos! Esos papeles eran sus títulos de propiedad.

»Su boca se contrajo, como si fuese á tener un ataque de parálisis.

»—¡Ehl jeh!—exclamó Gobseck, cuya exclamación nos hizo el efecto del rechinamiento que produce un candelabro de cobre cuando se coloca sobre el mármol.

»Después de una pausa, el vejete me dijo con tono tranquilo:

»—¿Querrá usted acaso hacer creer á la señora condesa que no soy el legítimo propietario de los bienes que me ha vendido el señor conde? Esta casa me pertenece desde hace un momento.

»Una mazada aplicada de pronto en mi cabeza me hubiera causado menos dolor y sorpresa. La condesa notó la mirada indecisa que dirigí al usurero.

»—¡Señor, señor!—le dijo la condesa sin encontrar otras palabras.

»—¿Tiene usted un fideicomiso?—le pregunté.

»—Es posible.

»—¿Abusará usted del crimen cometido por la señora?

»—Ciertamente.

»Me fui de allí, dejando á la condesa sentada cerca del lecho de su marido y llorando á lágrima viva; Gobseck me siguió. Cuando nos encontramos en la calle, me separé de él; pero él vino á mí, me lanzó una de aquellas profundas miradas por medio de las cuales sondaba los corazones, y me dijo con su meliflua voz, que tomó tonos agudos:

»—¿Te atreves á juzgarme?

»Desde entonces, nos hemos visto de tarde en tarde. Gobseck ha alquilado el palacio del conde, va á pasar los veranos en las tierras, se hace el señor, construye quintas, repasa los molinos y los caminos, y planta árboles. Un día lo encontré en una calle de árboles de las Tullerías.

»—La condesa lleva una vida heroica—le dije.—Se ha consagrado á la educación de sus hijos, á los que ha educado perfectamente. El mayor es un sujeto encantador.

»—Es posible.

»—Pero—repuse,—¿no debía usted ayudar á Ernesto?

»—¡Ayudar á Ernesto!—exclamó Gobseck.—¡No, no! La desgracia es nuestro mejor maestro; la desgracia le hará saber el valor del dinero, el de los hombres y el de las mujeres. ¡Que navegue por la mar parisiense! y cuando sea buen piloto, ya le daremos un barco.

»Me separé de él, sin querer explicarme el sentido de sus palabras. Aunque el señor de Restaud, á quien su madre ha inspirado repugnancia por mí, esté muy lejos de escuchar mis consejos, he ido lá semana pasada á casa de Gobseck para darle cuenta del amor que Ernesto siente por Camila, apremiándole á que cumplierse su mandato, puesto que el joven conde llega á su mayor edad. El viejo prestamista estaba desde hacía tiempo en la cama y sufría una enfermedad que debía llevarlo al sepulcro. Aplazó su respuesta hasta el momento en que pudiera levantarse y ocuparse de los negocios; pues, sin duda, no quería deshacerse de nada hasta que tuviese un soplo de vida; su respuesta dilatoria no tenía otro objeto. Encontrándolo mucho más enfermo de lo que él creía estar, permanecí cerca de él el tiempo necesario para reconocer los progresos de una pasión que la edad había convertido en una especie de locura. Con objeto de no

tener á nadie en la casa que habitaba, había alquilado todas las habitaciones, que permanecían desocupadas. Nada había cambiado en la que él vivía. Los muebles, que yo conocía tan bien desde hacía diez y seis años, parecían haber sido conservados bajo cristal, tan exactamente iguales estaban. Su vieja y fiel portera, casada con un inválido que guardaba la portería cuando ella subía á casa de su amo, era su criada, su mujer de confianza, la introductora de cualquiera que fuese á verlo, y llenaba para con él las funciones de enfermera. A pesar de su extrema debilidad, Gobseck recibía aún en persona á sus clientes y sus rentas, y había simplificado tan bien sus negocios, que le bastaba con mandarle hacer algunos encargos al inválido, para dejarlo todo listo. Cuando lo del tratado en que Francia reconoció la república de Haití, los conocimientos que tenía Gobseck sobre el estado de las antiguas fortunas de Santo Domingo y sobre los colonos ó representantes á los cuales eran transferidas las indemnizaciones, le hicieron nombrar miembro de la comisión instituida para liquidar sus derechos y repartir las entregas de dinero debidas por Haití. El genio de Gobseck le hizo inventar una agencia para descontar los créditos de los colonos ó de sus herederos, bajo los nombres de Gigonnet y Werbrust, con los cuales partía los beneficios, sin tener necesidad de adelantar su dinero, pues sus conocimientos habían sustituido á la parte de capital que le correspondía poner como asociado. Esta agencia era como una destilería donde se exprimían los créditos de los ignorantes, de los incrédulos, ó de aquellos cuyos derechos podían ser negados. Como liquidador, Gobseck sabía parlamentar con los ricos propietarios, que, ya para hacer valorar sus derechos á un precio elevado, ya para hacerlos admitir prontamente, le hacían regalos proporcionados á la importancia de su fortuna. De este modo, los regalos constituían una especie de descuento sobre las sumas de las que le era imposible hacerse dueño; después, su agente le vendía á vil precio las pequeñas, las dudosas y aquellas de las gentes que preferían un pago inmediato, por pequeño que fuese, á los riesgos de los inciertos fondos debidos por la república. Gobseck fué, pues, la insaciable boa de aquel gran negocio. Todas las mañanas recibía sus tributos, y los miraba y remiraba como lo hubiese hecho el ministro de un nabab, antes de firmar un perdón. Gobseck lo aceptaba todo, desde las cestas del pobre diablo hasta las

libras de bujías de las gentes escrupulosas, desde la vajilla de los ricos hasta las tabaqueras de oro de los especuladores. Nadie sabía adónde iban á parar aquellos regalos hechos al viejo usurero. Todo entraba en su casa, y nada salía.

»—A fe de mujer honrada—me decía la portera, antigua conocida mía,—que creo que se lo traga todo, sin que eso lo ponga más gordo, pues está tan seco y delgado como el pájaro de mi reloj.

»Por fin, el lunes pasado, Gobseck me mandó á buscar por el inválido, que me dijo al entrar en mi gabinete:

»—Venga usted pronto, señor Derville; el principal está en sus últimos momentos; se ha puesto amarillo como un limón; está impaciente por hablarle á usted; la muerte trabaja en él, y su último hipo gruñe en su garganta.

»Cuando entré en la habitación del muribundo, lo sorprendí arrodillado delante de la chimenea, donde, si no había fuego, se encontraba al menos un enorme montón de ceniza. Gobseck había salido de la cama á rastras; pero las fuerzas le faltaron para volver á acostarse, así como la voz para quejarse.

»—Mi viejo amigo—le dije levantándolo y ayudándole á volver á la cama—tiene usted frío, ¿por qué no enciende usted fuego?

»—No tengo ni pizca de frío—dijo,—¡no quiero fuego! ¡no quiero fuego! Me voy á no sé dónde, muchacho—repuso dirigiéndome una última mirada blanca y desprovista de calor,—¡pero me voy de aquí! Tengo la *carfología*—dijo sirviéndose de un término que anunciaba cuán precisa y clara era aún su inteligencia.—Me ha parecido ver mi habitación llena de oro viviente, y me he levantado para cogerlo. ¿A quién irá todo lo mío? No lo doy al gobierno; he hecho un testamento; búscalo, Grotius. La bella holandesa tenía una hija, que he visto no sé dónde, en la calle de Vivienne, una tarde. Creo que la apellidan *el Torpedo*; es bonita como un amor; búscala, Grotius. Eres mi ejecutor testamentario; coge todo lo que quieras, come: hay pasteles con manteca, fardos de café, de azúcar y cucharas de oro. Da el servicio de Odíot á tu mujer. Y los diamantes ¿á quién? ¿Te seducen, muchacho? Tengo tabaco; véndelo en Hamburgo, pues gano *un medio*. En fin, tengo de todo, ¡y es preciso separarse de todo! Vamos, papá Gobsek—se dijo,—no seas débil, sé tú mismo.

»Se incorporó sobre la cama, y su figura se dibujó claramente en la almohada, como si hubiese sido de bronce; extendió su seco brazo y su huesosa mano sobre la colcha, que estrujó como para sostenerse; miró el fogón, tan frío como su mirada metálica, y murió con todo su entendimiento, ofreciendo á la portera, al inválido y á mí, la imagen de esos viejos romanos atentos, que Lethiere ha pintado detrás de los cónsules, en su cuadro de la *Muerte de los hijos de Bruto*.

»—¡Qué vida hacía ese viejo Lascar! — me dijo el inválido en su lenguaje soldadesco.

»Yo escuchaba aún la fantástica enumeración que había hecho el moribundo de sus riquezas, y mi mirada, que había seguido la suya, permanecía fija en el montón de cenizas, cuyo tamaño me llamó la atención. Cogí las tenazas, y cuando las metí en las cenizas, tropecé con un montón de monedas de oro y de plata, formado, sin duda, con cobros hechos durante la enfermedad, y que su debilidad le había privado de ocultar, ó que su desconfianza no le había permitido enviarlo al Banco.

»—¡Corra usted á casa del juez de paz — le dije al viejo inválido, — á fin de que se pongan los sellos aquí inmediatamente!

»Impresionado por las últimas palabras de Gobseck y de lo que me había dicho recientemente la portera, tomé las llaves de las habitaciones situadas en el primero y segundo piso para visitarlas. En la primera pieza que abrí, tuve la explicación de los discursos que yo creía insensatos, viendo los efectos de una avaricia, á la que no había quedado más que ese instinto ilógico que tantos ejemplos nos ofrecen los avaros de provincia. En la habitación contigua á aquella en que Gobseck había expirado, había pasteles podridos, una mole de comestibles de todo género, y hasta mariscos, pescados que tenían barba, y cuyos diversos olores estuvieron á punto de asfixiarme. Por todas partes hormigueaban gusanos é insectos. Estos regalos, recientemente hechos, estaban mezclados con cajas de todas formas, con cajas de té, con sacos de café. Sobre la chimenea, en una sopera de plata, había avisos de llegada de mercancías, consignadas á su nombre en el Havre, fardos de algodón, barricas de azúcar, toneles de ron, cafés, añil, tabaco, ¡todo un bazar de géneros coloniales! Esta habitación estaba atestada de mue-

bles, de vajilla de plata, de quinqués, de cuadros, de vasos, de libros, de hermosos grabados enrollados, sin cuadros, y de curiosidades. Acaso aquella inmensa cantidad de valores no provenían todos de regalos, y constituían prendas que le habían sido dejadas á falta de pago. Vi cofrecillos en armarios ó numerados, servicios de hermoso paño, armas preciosas, pero sin etiquetas. Al abrir un libro que me pareció fuera de su lugar, encontré billetes de Banco en él. Me prometí visitar las menores cosas, sonarlo todo, los techos, las cornisas y las paredes, á fin de encontrar todo aquel oro, del que estaba tan apasionadamente ávido aquel viejo holandés, digno del pincel de Rembrandt. No he visto nunca, en el curso de mi carrera judicial, efectos semejantes de avaricia y de originalidad. Cuando volví á su habitación, encontré en su escritorio la razón de la mescolanza progresiva y de la acumulación de aquellas riquezas. Había, bajo un pisapapeles, la correspondencia de Gobseck y los comerciantes á los cuales, sin duda, acostumbraba á vender los regalos. Pero, sea que aquellas gentes hubiesen sido víctimas de la habilidad de Gobseck, sea que Gobseck pidiese demasiado por sus géneros ó por sus valores fabricados, es lo cierto que cada mercancía se encontraba en suspenso. No había vendido las mercancías á Chevet, porque Chevet no quería tomarlas más que con un treinta por ciento de pérdida. Gobseck discutía por algunos francos de diferencia, y durante la discusión, las mercancías se averiaban. En la vajilla de plata, se negaba á pagar los gastos de la entrega. En sus cafés, no quería garantizar las averías. En fin, cada objeto daba lugar á disputas, que denotaban en Gobseck esa niñez, esa testarudez incomprensible á que llegan los ancianos en quienes una pasión fuerte sobrevive á la inteligencia. Yo me dije, como se había dicho él á sí mismo: «¿A quién irán todas estas riquezas?...» Pensando en la extraña reseña que me había hecho de su sola heredera, me he visto obligado á registrar todas las casas sospechosas de París, para entregar á alguna mala mujer una inmensa fortuna. Antes de todo, sepa usted que, por medio de actas hechas en forma, el conde Ernesto de Restaud será puesto, dentro de pocos días, en posesión de una fortuna que le permite casarse con la señorita Camila, constituyendo, al mismo tiempo, á la condesa de Restaud, su madre, á su hermano y á su hermana, dotes bastante considerables.»

—Pues bien, mi querido Derville, pensaremos en ello—respondió la señora de Grandlieu. — El señor Ernesto deberá ser muy rico para hacer que acepte á su madre una familia como la nuestra. Piense usted que mi hijo será, algún día, duque de Grandlieu, que reunirá la fortuna de las dos casas de Grandlieu, y quiero para él un cuñado á su gusto.

—Pero—dijo el conde de Born,—Restaud lleva *gules con barras de plata, acompañadas de cuatro escudos de oro cargados cada uno con una cruz de arena*, lo cual es un blasón hermosísimo.

—Es verdad — dijo la vizcondesa;— por otra parte, Camila podrá pasar sin ver á su suegra.

—La señora de Beausseant recibía á la señora de Restaud—dijo el tío.

—¡Oh! en sus reuniones—replicó la vizcondesa.

París, enero 1830.



ÍNDICE

	PÁGS.
La mujer de treinta años:	
I.—Primeras faltas.	5
II.—Sufrimientos inauditos.	68
III.—A los treinta años.	87
IV.—La mano de la Providencia.	108
V.—Los dos encuentros.	120
VI.—La vejez de una madre culpable.	166
La mujer abandonada.	181
La Granadera.	221
El mensaje.	245
Gobseck.	259

